



Una fiel imagen del cuarto de estudio de A. de Humboldt, cuando escribió el segundo tomo del *Kosmos*; según un autógrafo del mismo.

Tomo VI, pag. 95.

CAPITULO VI.

Humboldt á la edad de ochenta y nueve años.

Humboldt vivía en aquella época en una casa, situada en la calle de Oranienburgo, núm. 67, que la familia Mendelssohn había puesto á su disposición, y que antes había sido propiedad del padre del célebre poeta alemán Teodoro Koerner.

El pequeño aposento con una sola ventana, por el cual entraban los que visitaban al venerable anciano, estaba lleno de pájaros disecados de las zonas más lejanas, también había allí grandes mogotes de un ante de las montañas Rocallosas. Las paredes del cuarto de la biblioteca estaban llenas de estantes de libros. Frente á la ventana y en el centro de la habitación, había mesas cubiertas de mapas, libros en folio, esferas, estatuas y aquellas grandes obras que le había regalado

Luis Felipe, rey de los franceses, que contenian las vistas de los antiguos edificios, iglesias y palacios de Paris, así como los retratos de la familia de Orleans; tambien habia allí otro regalo del rey mencionado: la estatua de Enrique el Marino. Luis Felipe habia mandado construir solamente cinco de estas estatuas, para la cual sirvió de original un retrato muy viejo, y uno de estos ejemplares regaló á Humboldt.

Otra pieza de valor era el florero que le habia regalado á su vuelta de América el príncipe heredero, y que segun sabemos representaba en una hermosa pintura al célebre viajero sobre cubierta en un buque en union de su compañero Bonpland y rodeado de indios de Michoacan.

Muy sencillo era el cuarto de estudio del noble anciano. Tenia solamente dos ventanas. La mesa de escribir se hallaba en el centro cubierta de libros, periódicos, cartas y otros papeles. A un lado estaba un sofá muy corriente y una silla, regalo de una amiga. En la pared, arriba del sofá, habia un gran mapa-mundi, y delante del viajero estaba tendida en el piso la piel de aquel tigre que habia sido muerto un dia por él y el mulato, en la barranca de Cuchivano. * Tambien se veian en la pared los retratos de sus favoritos: del profesor Hildebrand hecho por la Sra. Gaggiottii-Richard, y el de esta señora ejecutado por ella misma. Igualmente se hallaba el retrato del rey.

Allí estaba sentado Humboldt delante de la mesa de escribir, inclinada la cabeza, blanca como la nieve, sobre el pecho; la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, y teniendo un papel en la rodilla puesto sobre un objeto plano y firme, escribia sus pensamientos. Era ésta una posicion muy original..... costumbre que habia adquirido en sus viajes cerca del Orinoco, Apure, Atabapo, Rio-Negro, Casiquiare, &c., donde carecia de una mesa. Allí estaba sentado este hombre, modesto en su

modo de vivir y sin pretensiones de ninguna clase, trabajando en la conclusion de su obra, «Kosmos.» «Bajo la apariencia de un brillo exterior y el goce de una predileccion fantástica de un noble príncipe, viviendo en un virtuoso y comfortable retiro.» (1)

En un retiro *confortable*, porque con el trascurso de los años habian cambiado mucho las cosas en la corte de Federico Guillermo, como tambien este mismo.

El gran entusiasmo poético del real jóven, y luego como príncipe heredero, por la Edad Media; su arte, poesía é instituciones, se habian convertido desgraciadamente, bajo el influjo de gentes beatas y muy aristocráticas que le rodeaban constantemente, así como de la mencionada *escuela histórica*, en un entero desconocimiento de lo presente y de sus necesidades.

Del cuarto de estudio de *Hengstenberg*, por la intervencion de Gerlach, salian todas las medidas para embrutecer las masas y favorecer el oscurantismo.

Era una triste época con un rey tan genial por naturaleza. Todo habia adoptado el carácter reaccionario del partido de la alta nobleza y de los beatos, como un *Hengstenberg* y *Stall*. Solo se practicaban la hipocresía y la reaccion apasionada. (2)

Bajo estas circunstancias era, en efecto, muy extraña la permanencia de Humboldt en la corte de Federico Guillermo IV.

Ya en años anteriores se le habia tomado á mal que él, el hombre de opiniones tan libres, se hubiera sometido á estas cadenas, y tanto mas cuanto que mismas esas opiniones le habian alejado cada año mas de las de la corte. En tiempo del rey Federico Guillermo III se decia que la corte no era el lugar de Humboldt, y decian lo mismo

(1) Palabras textuales de Humboldt.

(2) Caballero de Bunsen.

todavía bajo el reinado de Federico Guillermo IV, cuando la reaccion rodeaba estrechamente el trono. No era allí el lugar á propósito para un *monarca de la ciencia*. ¿Qué hacia el gran sabio entre esta clase de gente, entre una nobleza rancia y pietista? ¿con un rey que, aunque entusiasta por las ciencias y las artes, miraba todas las cosas de un modo peculiar á su carácter? Esto y la crítica de Humboldt no podían estar conformes sino en puntos muy contados, en los mas debían estar divergentes; pero la bondad de corazón y noble educación de ambos permitían que celieran recíprocamente en algunos asuntos, y de esta manera se evitara un choque. ¿Qué habia de hacer Humboldt, un monarca reconocido como tal en los dos hemisferios, el nuevo descubridor de la América, como le habia llamado esta parte del mundo, al ir y venir como chambelán desde Potsdam á Berlin y de Berlin á Potsdam, á cada hora, cuando le llamaban? Se contestaba á estas observaciones, que el rey convencido el verdadero mérito del grande hombre, habia sabido estimar su dignidad y su edad avanzada. ¿Pero podia saber todo el rey? y si lo sabia, ¿podria acaso cambiar el ceremonial una vez introducido en la corte? Humboldt era todavía bastante vigoroso y como hombre acostumbrado á vivir en la corte, soportaba estar de pié mucho tiempo; era chambelán, llevando como tal uniforme, y estaba de servicio. Amigos de Humboldt que frecuentaban la corte vieron frecuentemente con un dolor interior, ó mejor dicho, con indignacion, como estaba en pié Humboldt durante muchas horas y aun por noches enteras en los círculos ceremoniosos de la corte, en donde no habia nadie, que le comprendiera; ¿podrian conversar con él como de igual á igual? Se le respetaba indudablemente, todos sabian cuán grande era este hombre; pero ¿cómo podrian arriesgar, el hombre de Estado, el embajador, el militar, el príncipe y otros, el entablar conversacion con él?

La explicacion mas sencilla de esta posicion tan original es acaso, que se le habia hecho á Humboldt necesidad de moverse en estas esferas, para tener algun descanso despues de sus trabajos colosales durante el dia. Estaba en correspondencia con todos los príncipes y estadistas de Europa. Ya era el rey de Francia con quien cambiaba cartas, ya el rey de Dinamarca, y luego la princesa de Canino, viuda de Luciano Bonaparte; lo mismo que la duquesa Elena de Orleans, el príncipe Alberto de Iglatera, Metternich, Thiers, el príncipe Napolcon (hijo de Gerónimo), el gran duque de Sajonia-Weimar, el Bajá de Egipto, el conde Walewsky, lord Stratfort de Redcliff, y otros.....

La posicion de Humboldt era muy original..... *era en efecto monarca en el imperio de las ciencias*..... Y sin embargo..... cuan elevado estaba sobre todos estos personajes..... Era mas grande en su sencillo modo de vivir.

Acababa de llegar Varnhagen von Ense, ya de una edad de 72 años, al cuarto de Humboldt á quien encontró escribiendo sobre la rodilla. El noble anciano, sobre cuya cabeza blanca como la nieve habian pasado ya cerca de *noventa años*, le saludó amigablemente como siempre; pero tambien con aquel humor satírico que le hacia soportar la vida en Berlin y en la corte.

—Sed bien venido, mi querido Varnhagen, dijo. Venis como llamado. Tengo aquí dos cartas, que podreis agregar á vuestras cosas curiosas, psicológicas. Figuraos lo que valgo para estos hombres; no tienen bastante con mis trabajos intelectuales..... ahora se ocupan tambien de mi alma.

—¿De vuestra alma? exclamó Varnhagen sorprendido sentándose en el sofá.

—Si, amigo mio, contestó Humboldt. ¿Tratan de convertirme en mis últimos dias! Luego entregó Hum-

boldt á Varnhagen una carta abierta, que estaba sobre la mesa.

—Leed, dijo sonriendo irónicamente. Cuántas cosas originales hemos de experimentar en nuestra vejez. La carta es de cierto Augusto Grau del Estado del Ohio, (condado de Montgomery). La buena gente piensa, aun al otro lado del océano, en la salvacion de mi alma.

Varnhagen leyó: «Un señor que ha viajado por una gran parte del mundo, que se ha erigido un monumento eterno y brillante por la publicacion de excelentes obras en el terreno de la literatura, no puede ser mencionado por todo buen aleman, sino con la mayor estimacion. Cuando ya estén olvidados los nombres de grandes guerreros que han derramado la sangre de sus semejantes en los campos de batalla, brillará vuestro nombre por siglos y millares de años en los anales de la historia. Es á la vez muy singular, que los mas grandes naturalistas, filósofos y astrónomos que la mayor parte de su vida se han ocupado de nuevos descubrimientos y de la investigacion de las fuerzas de la naturaleza, sean frecuentemente tan indiferentes con respecto á su suerte futura en la otra vida. Goethe, Schiller, Wieland, Kant y muchos otros han sido excelentes caracteres y brillantes modelos, llevando mas ó menos bien una vida llamada moral, de manera que se abstuvieron acaso de jugar naipes, bolos, visitar los teatros y los bailes; pero su círculo de accion no se extendió hasta pensar en la eternidad y la suerte de sus semejantes en el otro mundo; y su salvacion eterna no les inquietó jamas.»

Despues de que el autor de la carta sigue lamentándose de que la verdadera religiosidad sea tan rara y se eche de menos aun en los príncipes y predicadores de la corte, continúa: «El último rey de Prusia y su régia y verdadera esposa, Luisa, sabian algo del estado de la regeneracion, así como tambien el último rey de Suecia, el exmariscal frances Bernadotte, príncipe de

Ponte Corvo. Una pobre aldeana le ha podido informar mas sobre los medios de salvacion, que uno de los primeros obispos de la Iglesia católica. ¡Ay, señor conserje! por mucho que hago justicia á vuestra buena vida moral, vuestro elevado carácter como hombre de Estado, y vuestros conocimientos como sabio, y me alegro de que Berlin y la Prusia tengan un hombre de vuestro mérito, se elevaria mi gozo á un santo éxtasis si tuviese el honor de ver en V. E. un firme creyente del que murió en el Gólgota. ¡Ay! sin él somos muy desgraciados, á pesar de todos nuestros conocimientos y sabiduría.» Mas adelante decia: «Goethe dijo en cierta ocasion, que durante toda su vida no habia tenido cuatro semanas de ser verdaderamente feliz. Este es el lenguaje de un verdadero sabio. Si Jesucristo no vive en nuestro corazón, ¿quién puede habitar en él sino Satanás? Noble señor, tengo una verdadera estimacion por vuestros conocimientos y por vuestros grandes méritos, y os estimo y venero. No soy digno de desataros las cintas de vuestros zapatos, y éste es el verdadero lenguaje de mi corazón, aunque despues de haberme ocupado de aprender diez y siete distintos idiomas, y saber leer en siete diversas lenguas el nuevo testamento. Pero de la verdad de la religion cristiana no estoy solamente convencido hace treinta y un años, sino que siento diariamente el influjo del Espíritu Santo.— De V. E. humilde servidor en Cristo. (1)

Augusto Grau.»

—Ahí teneis una carta del Estado del Ohio para convertirme, exclamó Humboldt de buen humor. ¡Pero no es esto todo! El dia de ayer es un verdadero dia de gloria

(1) Carta auténtica. Véase: *Cartas de A. de Humboldt á Varnhagen von Ense* pág. 263.

para Stahl y Hengstenberg. ¡Al fin tendré que ponerme bajo la égida de estos pietistas!

Y luego le entregó la otra carta.

—¿Cómo exclamó Varnhagen, ¿de una desconocida?

—¿Porque no? Convertir y..... hacer matrimonios les gusta mucho á las mujeres.

En esta carta se pinta á un caminante, que descansa. El hermano Guillermo aparece al hermano Alejandro y le amonesta á que piense en el cielo, que es tan brillante como nebulosa la tierra. Luego seguian fervientes amonestaciones para convertirlo al cristianismo. En el caso de que Humboldt conteste, (así concluye la carta), se desea dirija su carta con las iniciales A. W. calle de Linden núm. 120. (1)

—¿Y sabéis quien vive allí? preguntó el anciano.

—¡No! contestó Varnhagen.

—Es el instituto de la Sra. de Wenkstern.

—Os tengo lástima de que tengais necesidad de leer estos grandes desatinos.

—Es verdad, dijo Humboldt. Algunas veces me incomodo mucho, sufro como piquetes de moscos y, continuó irónicamente, otras veces me consulta un Sr. Forster, muy beato, sobre si creo que en la salvacion eterna estén comprendidos los animales de clase inferior, es decir, sobre si las chinchas y las moscas pueden salvarse. Me amenazan por consiguiente con que he de encontrar allá arriba las almas de esos animales del Orinoco, entonando salmos. (2)

Varnhagen se rió de todo corazon.

—¿Y sabéis lo que es toda esta gente? preguntó Humboldt poniéndose en pié.

—¡Oh! lo sconozco bien! contestó Varnhagen.

(1) Hecho positivo.

(2) Palabras textuales de Humboldt.

Pero el anciano le llevó á una caja donde tenia un camaleon y dijo.

—Ved, querido Varnhagen, éste es el único animal capaz de dirigir á la vez uno de sus ojos hácia arriba y el otro hácia abajo; solo nuestros pietistas é hipócritas pueden imitarlos; con un ojo miran hácia el cielo y con otro hácia los bienes y ventajas del mundo. (1)

—¡Oh! estos hipócritas! dijo Varnhagen con un suspiro. En las actuales circunstancias es una vergüenza ser prusiano. Los tiempos de nuestra juventud eran otros. ¿Acaso no gobiernan ahora los pietistas el Estado? Y los ministros están de acuerdo con ellos, principalmente el de cultos.

—El rey los odia y desprecia á todos, dijo Humboldt.

—¡Y sin embargo, los conserva á su lado! opinó Varnhagen.

—Por tenerlos y porque todo cambio es un trabajo muy molesto.

—¿Qué falta de energía!

—¡Siempre la misma indecision! dijo Humboldt con disgusto. ¿No tenemos un ejemplo en los hermanos Schlaginweit? El rey los queria subvencionar para que hicieran un viaje al Himalaya..... el ministro de cultos se opuso. El rey le mandó que oyera mi opinion sobre el particular, y podeis figuraros cual habrá sido la mia, mas el ministro insistió en la suya. Entonces el rey; que se conoció impotente frente á su ministro, escribió á Bunsen quien se encargó de este asunto, y en cuya consecuencia recibieron los hermanos Schlaginweit una subvencion del gobierno ingles.

—¡Naturalmente! exclamó Varnhagen en tono colé-

(1) Palabras textuales de Humboldt.

rico. «La ciencia tiene que retroceder.» ¿Para qué necesitamos naturalistas?..... Leer la biblia y creer..... esto es lo principal con los pietistas que por desgracia de nuestro país tienen las riendas del gobierno.

—¡Vaya! dijo Humboldt; el rey está contento si se le deja hacer su voluntad en las cosas de la iglesia.

—¿De manera que es verdad que todas las cuestiones políticas y sociales le son indiferentes?

—Sí, únicamente toma interes por las artes de la Edad Media; por lo demas le son desgraciadamente indiferentes las cosas mundanas; mientras un viejo vidrio de color, cualquier adorno en un monumento antiguo, le interesa sobremanera. Para esto es Bunsen el hombre á propósito. El rey le escribe frecuentemente sobre originalidades teológicas y canónicas. (1)

—¿Y á dónde nos conducirá todo esto? pregunto Varnhagen.

—Temo malas consecuencias, contestó Humboldt con gravedad. Creen que con soldados y policía se puede conseguir todo; pero los alemanes jamas han soportado la esclavitud de la inteligencia, y su maldicion sigue por todos los siglos á aquellos que tratan de esclavizar el entendimiento; pero no hace esto mi antiguo y real amigo, sino los pietistas y la nobleza. El rey no tiene energía y se deja dominar por los ortodoxos. ¡Oh, qué lástima! ¡cuántas cosas podian haberse conseguido de este rey con su noble corazon y sus grandes talentos, si no le hubiera desviado desde su juventud esa escuela histórica que le infiltró sus tendencias de la Edad Media. Ya no se ocupa mas que de su fantasía, y esto se reduce al culto, á construir iglesias, á misiones, &c.; lo terrestre le es completamente indiferente. Así es hace mucho tiem-

(1) Cartas de A. de Humboldt á Varnhagen von Ense, pág. 274 y siguientes.

po. Además, aumenta su enfermedad, pues todos sus proyectos indican una naturaleza enfermiza; tiene proyectos como si tuviera que vivir aún cien años, piensa siempre en grandes edificios..... en viajes..... se ha hablado de uno á Atenas, pero en el fondo piensa hacer una peregrinacion á Jerusalem..... ¡Artes y fantasía en el trono, comedia fanática y abusos hipócritas de parte de los que huyen de la luz! Y con todo, es el rey, como hombre, muy genial, verdaderamente amable y animado de la mejor voluntad. (1)

—Pero, ¡Dios mío! por la política casi se me habia olvidado daros una noticia que me afecta demasiado. Otro de mis antiguos y queridos amigos, mi compañero de viaje, mi buen Bonpland..... ha muerto!

—¿Bonpland ha muerto? ¡cuánto lo siento!

—Y yo sobremanera. Ayer recibí cartas en las cuales me dicen que murió en el mes de Mayo de este año, á la edad de ochenta y cinco años. Yo tengo ahora ochenta y nueve..... ¿Cuándo le seguiré?..... Mas y mas se hace solitario mi alrededor.

—¿Qué os importa esto, hombre vigoroso? Vos habeis sabido arrancar á los dioses la eterna juventud, y no perteneceis á unos cuantos individuos, sino á todo el mundo.

—Y por eso mismo pagaré pronto mi tributo al mundo, devolviéndole los átomos de que me formó. La noticia de la muerte de Bonpland me ha conmovido mucho; solo una cosa me ha llenado de satisfacion, y es que por mi recomendacion que hice á su tiempo al rey, respecto de Bonpland..... Inglaterra se interpuso, y el Dr. Francia fué obligado á poner en libertad á mi amigo. El 12 de Mayo de 1829 pudo Bonpland salir del

(1) Palabras textuales de Humboldt.

Paraguay, pero tuvo que permanecer aún por veinte meses en Itapua, lugar de la frontera, hasta que el dictador le dió el permiso de pasar el Parna. Luego se dirigió al Brasil y se estableció en un extremo de este imperio, en San Borja, cerca del rio Uruguay; pero los últimos años de su vida, llenos de peripecias, vivió en la Provincia Argentina, Corrientes, en la estancia de Santa Ana, donde pasó una vida llena de miserias, pero conformé á su modo de pensar.

—Qué suerte tan trágica para un hombre de tanta importancia! exclamó el anciano Varnhagen con dolor. Mas ¿no estaba casado con una india?

—Que participó con él de sus goces y pesares hasta los últimos años de su vida. Nunu era, en efecto, la única estrella luciente en el cielo de la vida de mi digno amigo. Fielmente le acompañó á través de su vida tempestuosa hasta que murió en San Borja, hace algunos años.

—¿Y quién os comunica la noticia de la muerte de Bonpland?

—Un digno hombre, el Dr. Avé-Lallemant, que hace años viaja por el Brasil: os leeré lo esencial del contenido de su carta. Es muy doloroso considerar el fin trágico de un hombre de la importancia de Bonpland, á quien tanto deben la ciencia y la humanidad doliente; y sin embargo, ha muerto empobrecido y solitario en un rincón casi desconocido del mundo.

Luego tomó la carta del Dr. Lallemant y leyó:

—«Tenia del gobernador provincial una carta de recomendación para Juan Pedro Gray, vicario de San Borja y frances de nacimiento, que era incuestionablemente el personaje mas conocido de toda la comarca. Me recibió con mucha amabilidad, de manra que resolví hacer uso de su benevolencia para permanecer allí algunos dias.

«*San Borja en el Uruguay, el extremo del mundo*

civilizado! Muchas ideas pasaban por mi mente en este lugar; pero ante todo eran dos personajes muy estimados en la ciencia los que frecuentemente me preocupaban: uno, amigo íntimo mio hace años, y el otro vivo aún á una edad muy avanzada.

«Una noche estaba yo escribiendo en mi cuarto, cuando el Sr. Gray entró, me entregó un pañuelo en el cual estaba una cartera con un nombre escrito con lápiz, preguntándome si conócía á un individuo de este apellido, que era: *Virgil von Helmenreichen*.

«Cuando este célebre geólogo y naturalista austriaco volvió á Berlin despues de haber hecho un viaje al Paraguay, encontrando luego en la frontera del Uruguay benevolencia y estimacion, vivió algunos dias con el vicario Gray. De San Borja volvió mas tarde á Rio-Janeiro, muy enfermo y envejecido. Poco despues murió.

«El otro personaje, el cual ha hecho célebre á San Borja, es *Aimé Bonpland*, el incansable botánico, vuestro célebre compañero de viaje.

«Despues de haber recibido el permiso en el año de 1823 para volver al Brasil, vivió de ocho á nueve años cerca del Uruguay, al Sur de la desembocadura del Piratinim, no lejos del Paso de San Lúcas. Despues se trasladó con los suyos á San Borja, donde cultivó una huerta hasta 1853, cuando se le murió su esposa. De allí se pasó, para olvidar el dolor por esta pérdida sensible, á Corrientes, á seis ú ocho leguas de Uruguayana, donde se estableció en la estancia de Santa Ana, que le habia regalado la República Argentina.

«Durante su última permanencia en San Borja, se hizo daguerreotipar el viejo corifeo de los botánicos; mucho hubiera apreciado poseer este retrato.

«Supliqué al vicario que me llevara á la casa que habia habitado Bonpland. Esta casa conservaba su techo de paja y sus sencillas paredes, afianzadas con carizos. El cuarto de asistencia todavia existia entero.

En una pared habia tenido su botica, porque ejercia la profesion de médico de un modo muy desinteresado. Junto á este cuarto habia estado su dormitorio, así como el laboratorio, que ya habian caido. Seis sillas de madera corriente de color verde con listones amarillos, todavía existen en la habitacion del vicario Gray. En mi cuarto habia tres de ellas.

«Tan destruida como su casa estaba tambien su huerta. Habia algunos naranjos y duraznos. En todas partes se podia conocer una mano inteligente, y sin embargo, tenia el conjunto la vista de un cementerio sin un monumento; en efecto, habia una tumba, cubierta de plantas parásitas y rosales, adornada de una pequeña cruz.

Alejandro de Humboldt se detuvo por un momento, se le habia asomado una lágrima á los ojos, y enjugándola dijo:

—¡Era el sepulcro de la buena Nunul!

Tambien Varnhagen von Ense no pudo contener un sentimiento de tristeza..... recordando..... anciano solitario..... otro sepulcro, el de su amada Raquel.

Luego continuó Humboldt con la lectura de la carta:

—«En la habitacion no habia nada, ni siquiera la puerta, de manera que en vano busqué un objeto que me sirviera de recuerdo. Repentinamente descubrí junto á la entrada un cuerno, como lo usan los indios para sacar agua y para conservar la leche. Este era el único objeto que habia dejado en el suelo el digno anciano al salir de la casa. Lo levanté y lo conservo como reliquia.

«Algunos dias despues me puse en marcha, acompañado por mi amigo, el vicario Gray, hasta una casa aislada, propiedad de un antiguo médico de la marina inglesa, llamado Fiovarenti, que nos recibió muy cordialmente. La habitacion era de lo mas sencillo que se puede imaginar. En esta casa tuvo que bautizar el

vicario algunos indios. En efecto, un poco despues que habiamos llegado vinieron dos hombres y seis mujeres, de los que uno era descendiente de europeo y el otro indígena, y de las mujeres una de origen europeo y las otras tambien indígenas.

«Pronto se habia trasformado el pequeño cuarto que acababa de servir para tomar el almuerzo, y que contenia un molino y un horno, en una capilla. Con mucha devocion se acercaron los indios..... y el bautismo fué de tres niñas, una de ellas de origen europeo. Concluida la ceremonia, se arrodillaron, rezaron y en seguida volvieron á las orillas del Uruguay á sus habitaciones.»

Humboldt volvió á detenerse en la lectura y dijo:

—Es extraño que este sencillo relato haga en mí una viva impresion, cuantas veces lo leo. Frecuentemente he experimentado lo mismo: las maneras sencillas de aquellos hijos de la naturaleza causan en mí un efecto como un aliento vivificador de la misma. Por esto comprendo en cierto modo, mejor que otros, lo que motivó en Bonpland la resolucion de retirarse de toda vida civilizada.

—Para hijos de la naturaleza encuentro esta clase de vida muy hermosa, hasta *envidiable*; pero no comprendo, cómo un hombre de una esmerada educacion puede renunciar enteramente á la vida civilizada. Mas os suplico que continueis la lectura de vuestra carta, que me interesa sobremanera.

Alejandro de Humboldt continuó:

—«En seguida me fuí solo, á caballo, hácia el Sur-oeste. Pasé una pradera; los pequeños arbustos que me habian servido de guía hasta entonces, los habia dejado atras, y pronto habia desaparecido todo lo que se hubiera podido designar como un objeto, aunque fuera un arbusto. Sin vereda alguna proseguí mi ca-

mino por una llanura inmensa, un perfecto océano de zacate.

«Repentinamente aparecieron siete hermosos venados, eran unos nobles animales. Mas veloces que el caballo y el avestruz, y de una carrera mas elegante que la de un perro de caza, volaban los ciervos sobre la verde sabana, cuyo zacate corto, fructificado por la lluvia recién caída, lucia con una rara frescura y pureza.»

—¡Qué cuadro tan hermoso á la vez que sencillo! exclamó Humboldt de buen humor. Este es el lenguaje y estilo que quisiera ver adoptado. Pero voy á continuar la lectura de la carta, pasando por alto algunos pasajes que no os interesarían. El Dr. Lallemand habia llegado á Itapua y despues de una corta permanencia allí, se embarcó en una chalupa y se fué para el Uruguay. Su patron era un viejo marinero italiano, natural de Livorno, que hacia treinta años navegaba en el Uruguay, conociendo por consiguiente á la perfeccion el curso de este rio; además iba una fuerte indígena de cocinera y timonera.

Luego continuó leyendo:

—«Parecia que el rio no tenia movimiento. Raras veces se veia en la ribera una pequeña habitacion, una cabaña; apenas se mostraba de cuando en cuando uno de aquellos indígenas y algunos chiquillos medio desnudos delante de las puertas de estas cabañas aisladas. Originales eran las escenas de las lavanderas, casi lo único que daba algun movimiento á este rio, porque no encontré pescadores en ninguna parte. En un punto donde estaban lavando, habian dejado dos muchachas sus vestidos y lo que acababan de lavar en la ribera, metiéndose luego al agua. Riendo y jugando nadaban las trigueñas sirenas en el rio, y su pelo negro casi cubria sus robustas espaldas. Luego volvieron á la orilla sin cuidarse mucho de vestirse. El grupo era encantador y sumamente fantástico. Al fin llegamos

á la pequeña ciudad de Restauracion. De allí continué mi viaje para ver á *D. Amado*, como llamaban á Aimé Bonpland en todo el país del Uruguay.

«Solo acompañado de un *gaucho*, un verdadero tipo de las pampas, (1) y sin mas armas que mi navaja, monté al siguiente dia un caballo alto, galopando hácia el Oeste en direccion á un bosque de palmas. Detrás de estas palmeras comenzó una escena completa de pampas.

«Zacate verde cubria todo el inmenso espacio, en el que pacian los ganados vacuno, caballar, &c., en mayor número que en Riogrande, por lo cual el cuadro de lo aislado y quieto se hacia notar mas allí que en las provincias del Brasil, porque un rebaño de bueyes y vacas representa mas la quietud y el reposo; mientras una manada de caballos recuerda inquietud y circunstancias mas agitadas, semejantes á las que son propias á las repúblicas del Rio de la Plata.»

—¡Magnífico! exclamó el viejo Varnhagen von Ense. Humboldt sonrió continuando su lectura:

«Eran manadas de magníficos caballos que corrian por la inmensa superficie; una raza vigorosa y llena de fuego, que relinchaba al acercársele objetos extraños. Además, habia tambien venados y ciervos que corrian con una velocidad extraordinaria, lo que les daba el aspecto de una elegancia perfecta. De otra manera el avestruz; aunque tan veloz en su carrera como es venado, demuestra alguna torpeza; él es al venado de las pampas lo que el camello del desierto al caballo árabe. Se nos presentaron en aquel momento cuatro de estas enormes aves. El gaucho que me acompañaba, las persiguió á todo escape y yo detrás de él, porque me

(1) *Pampas* se llaman en el Sur de América las grandes llanuras cubiertas de zacate.

divertía la vista de estas aves á toda carrera y del caballo con el gaucho, cuyo zarape hecho pedazos y sus pantalonerías movidas por el viento, formaban un cuadro interesante con su pelo negro y su pequeño sombrero chileno. Todo era movimiento en el pequeño grupo, en medio de la inmensa y solitaria llanura. De este modo seguimos por algunos momentos. Con unas bolas habria matado el gaucho con seguridad á uno de los avestruces; pero no las tenia y tuvo la necesidad de dejarlos ir. Proseguimos pues nuestro camino á paso lento para dejar respirar á nuestros caballos. Ya habiamos avanzado cuatro leguas sin encontrar un alma; de cuando en cuando divisábamos una cabaña en la llanura. El gaucho tomó entonces otra direccion hácia la izquierda; sin vereda alguna nos dirigimos al Suroeste y anduvimos otras cuatro leguas, sin que nada interrumpiera el silencio de la vasta llanura; de cuando en cuando encontrábamos algunas manadas de yeguas. Al fin divisamos desde lejos una arboleda cerca de una pequeña casa.

—«Allí vive D. Amado, dijo mi guía, y en poco momentos estábamos delante de su casa.»

—«¡Dios mío! exclamó Varnhagen ¡qué idea de Bonpland de enterrarse vivo en ese desierto!»

Sin contestar nada, prosiguió Humboldt su lectura:

—«Mas la expresion *casa* se debe tomar en el sentido de una imagen poética. La habitacion del anciano Bonpland consistia en dos grandes chozas miserables, á cuyas paredes de barro habian dado, por unos carrizos y algunas vigas, una ensistencia muy poco sólida. El techo era de paja, afianzado tambien por carrizos.»

—«Y ésta es la estancia de Santa Ana, la posesion regalada á Bonpland, por la república del Uruguay para premiar sus méritos y grandes servicios á la humanidad!» exclamó Humboldt, y se puso en pié paseándose por el cuarto.

Tambien Varnhagen von Ense se quedó callado; pero el silencio de los dos ancianos era muy elocuente, y decía al mundo: «¡Humanidad! ¿así recompensas á tus hijos mas beneméritos?»

Despues de algunos momentos se volvió á sentar Humboldt y siguió leyendo:

—«Junto á estas dos miserables cabañas habia una especie de corredor, que servia de cocina al célebre botánico. Dentro de un pequeño corral estaban una carreta vieja y algunas palizadas para secar la carne y atar los caballos. Cada una de las dos chozas sin ventanas tenia una puerta; pero la luz penetraba por las muchas hendiduras de las paredes. Una pared estaba sostenida por dos troncos de árboles, porque ya estaba próxima á caer lo mismo que el techo.

«Esta era la habitacion de Bonpland.

«Al bajarme del caballo empezaron á ladrar cuatro grandes perros, pero nadie apareció; llamé con las manos y los perros ladraron con mas furia. Al fin apareció una joven bien formada, de quince años de edad poco mas ó menos y de color trigueño, la que me preguntó lo que deseaba. Le entregué una carta que me habia dado un Sr. Kasten de Restauracion; Bonpland estaba durmiendo. Entré á la cabaña que servia de sala de recibio y comedor. Una tabla ancha afianzada sobre dos barriles, servia de mesa; habia además una banca y dos sillas; dos camas sin colchones estaban destinadas á los huéspedes. Sillas de montar, cueros, cebo llas, &c., se hallaban en el fondo del cuarto. ¡Así vivia Bonpland! No pude reprimir un profundo suspiro.»

Humboldt se detuvo. Involuntariamente se escapaban profundos suspiros del oprimido pecho de ambos ancianos.

—«¡Es verdad! dijo Humboldt; hemos vivido con frecuencia con menos comodidades en nuestro viaje al Orinoco..... pero..... éramos jóvenes y robustos. Yo